

# La Guerrilla colombiana y el Padre Camilo Torres

Fue así como un país que tendría unos veinte millones de habitantes en 1960, con la tasa de crecimiento más alta de América y grandes recursos naturales, presencia aún hoy el trágico espectáculo de enfrentamientos armados, asesinatos y secuestros, realizados muchas veces bajo la máscara de reivindicaciones sociales.

Colombia fue y es un país en el que la guerrilla operó sobre la base de un factor que no es extraño a la idiosincrasia de su campesinado: la violencia, empleada masivamente en las duras luchas de la guerra política.

Si bien la guerrilla no captó al hombre del campo en forma total, logró sí cierta indiferencia, cierta pasividad ante su acción. Y cierto temor, provocado por las posibles y a menudo frecuentes represalias.

La guerrilla se nutrió en el bandolerismo, uno de sus antecedentes, operando además con evidente apoyo exterior. En líneas generales, en la guerrilla colombiana se combinaron tres elementos: uno estrictamente político, de inspiración castrista, bandolerismo y narcotráfico.

El escaso éxito de la guerrilla y su muy relativo eco entre la masa trabajadora de la nación se debieron, principalmente, en el plano político, a la convivencia entre los grandes partidos, y desde el punto de vista económico, al impulso que recibió la nación y a la reforma agraria que tendía a reparar las viejas diferencias económicas sociales, grave motivo de fricción en la sociedad colombiana.

Paralelamente, la eficaz acción de las fuerzas de seguridad contribuyó notablemente a eliminar la capacidad combativa de los grupos guerrilleros que, acosados, tienden a desaparecer.

Otro de los factores que resquebrajó el frente interno gue-

rrillero fue la división política operada en la intimidación del movimiento comunista, escindido en líneas partidarias de la acción violenta o “maoísta”, del frente “legalista” pro Moscú y del grupo castrista. Las divisiones, como lógica consecuencia, debilitaron los cuadros guerrilleros y sus apoyos urbanos.

La guerrilla, a la luz de las realizaciones internas de la nación, no puede progresar y tiende a extinguirse.

El bandolerismo, a menudo confundido con la guerrilla extrema, ocasionó en Colombia una gravísima sangría. Sus protagonistas actuaban (y aún actúan en algunas zonas, intimidando a la población por peligrosidad) a las órdenes de verdaderos sicarios alcanzaron triste celebridad. Los nombres de Efraín González, Chispas, Charro negro, Media vida y otros, anteriormente, fueron causa, de violentos enfrentamientos con las fuerzas policiales y del ejército y motivo de gran número de asesinatos y secuestros. El citado González, muerto en 1965, era autor de más de cien asesinatos y multitud de delitos menores. Su fin se produjo al enfrentar con sus hombres a una fuerza militar integrada por alrededor de cuatrocientos soldados. Con respecto a su influencia debe resaltarse que, a menudo, los destacamentos policiales de las zonas más alejadas de la región de Cahuivanao (su zona de influencia) permanecían en sus puestos tras fraternizar con los hombres de González, que les permitían permanecer en ellos. Su sangre fría y la audacia increíble por él desplegada le permitió, finalmente, poco antes de su muerte, trasladarse a la capital de Colombia, alojándose en una casa de los suburbios. Atacado allí, por último, fue necesario emplear morteros y armas pesadas para con-



Manuel Marulanda



Camilo Torres Restrepo

cluir con su resistencia.

Otros de los tristemente célebres protagonistas de decenas de enfrentamientos armados con el ejército son Tiro Fijo, Manuel Marulanda, y Luis Devía, Alias Raúl Reyes, confusa combinación de militantes políticos y bandoleros notorios.

La acción de grupos bandoleros, por otra parte hoy prácticamente extinguidos por la acción del ejército, tuvo además una derivación insospechada, materializada en el repliegue de gran parte de la población de las zonas suburbanas sobre las ciudades, principalmente Bogotá. Motivaba la retirada masiva la inseguridad que implicaba permanecer en zonas batidas por bandas de delincuentes, narcotraficantes y por grupos guerrilleros. La subsiguiente concentración de población campesina en la capital de la república provocó dificultades de toda índole, fácilmente explicables.

Un párrafo aparte, por las derivaciones que su actitud produjo, y por su trágico final, merece el sacerdote católico Camilo Torres Restrepo.

El “Padre Camilo” pertenecía a una familia de abundantes recursos y, obviamente, ignoraba los alcances de la miseria y el hambre. Sin embargo, movido por una vocación

muy poderosa cuando se esperaba de él la concreción de una vida mundana, se trasladó a Lovaina y se ordenó posteriormente, abrazando definitivamente la vida religiosa. Se-guidamente viajó por toda Europa llegando inclusive a los países de “la cortina de hierro”, que recorrió.

A su regreso a Colombia, Torres Restrepo fue destinado a cumplir sus deberes dentro de la Universidad. Allí se relacionó e intimó con elementos revolucionarios que indudablemente, tuvieron gran influencia en su evolución posterior.

Separado de la Universidad por sus actividades, comenzó a frecuentar círculos obreros extremistas preconizando la inevitabilidad de la lucha armada.

Posteriormente, el Padre Camilo Torres, convertido ya en guerrillero caería muerto en el curso de un combate con efectivos del ejército colombiano, el 15 de febrero de 1966.

El combate, entablado en las proximidades del centro petrolero de Barrancabermeja dejó un saldo de cinco guerrilleros comunistas y cuatro soldados muertos. Uno de los guerrilleros caídos era Camilo Torres, el ex sacerdote que había renunciado a los hábitos en julio de 1965.